

*Nosotros*



## ANOTACIÓN NÚMERO 1

### *Sumario:*

EL ANUNCIO. LA MÁS SABIA DE LAS LÍNEAS. UN POEMA

Me limito a transcribir —palabra por palabra— lo que hoy se ha publicado en el *Periódico Estatal*.

Dentro de 120 días termina la construcción de la INTEGRAL. Se acerca la gran e histórica hora en que la primera INTEGRAL se remontará al espacio exterior. Hace un milenio, vuestros heroicos antepasados sometieron el globo terráqueo bajo el poder del Estado Único. Tenéis por delante una hazaña aún más gloriosa: resolver la ecuación infinita del Universo mediante la vítrea, eléctrica e ignívoma INTEGRAL. Tenéis por delante la tarea de imponer el bienhechor yugo de la razón a los ignotos seres de otros planetas —quizá aún en estado de salvaje libertad—. Si no comprenden que llevamos la felicidad matemáticamente infalible, nuestro deber es obligarles a ser felices. Pero antes que las armas, probaremos la palabra.

En nombre del Benefactor, se anuncia a los números del Estado Único:

Todo aquel que se sienta capaz, está obligado a redactar tratados, poemas, manifiestos, odas o cualquier otra composición sobre la belleza y grandeza del Estado Único.

Este será el primer cargamento de la INTEGRAL.

¡Gloria al Estado único, gloria a los números y gloria al Benefactor!

Lo escribo y siento que me arden las mejillas. Sí: resolver una grandiosa ecuación universal. Sí: enderezar

una salvaje curva, convertirla en tangente, en asíntota. Porque la línea del Estado Único es recta, magnífica, sublime, exacta, sabia. La más sabia de las líneas...

Yo, D-503, el constructor de la Integral, soy tan solo uno de los matemáticos del Estado Único. Mi pluma, habituada a las cifras, no es capaz de crear una melodía de asonancias y rimas. Únicamente intentaré anotar lo que veo y lo que pienso; es decir, lo que pensamos NOSOTROS (justo así, nosotros. Que este NOSOTROS encabece mis anotaciones). Pero estas palabras serán resultado de nuestra vida, de la matemáticamente perfecta vida del Estado Único. Siendo así, ¿no han de trocarse por sí solas en un poema? Así será. Lo creo. Lo sé.

Lo escribo y siento que me arden las mejillas. Quizá esto se parezca a lo que experimenta una mujer cuando oye por primera vez el pulso de un nuevo, diminuto y ciego ser en su interior. Soy yo y al mismo tiempo no lo soy. Y tendré que alimentarlo durante largos meses con mi propio jugo, con mi sangre, para luego arrancármelo dolorosamente y ponerlo a los pies del Estado Único.

Pero estoy preparado, al igual que todos, o casi todos nosotros. Estoy preparado.

## ANOTACIÓN NÚMERO 2

### *Sumario:*

#### UN BALLE. LA ARMONÍA CUADRADA. X

Primavera. Allende el Muro Verde, desde las salvajes llanuras invisibles, el viento transporta hasta aquí el polen de las flores. Este polvillo dulzón reseca los labios —a cada instante hay que humedecerlos con la lengua—. Quizá todas las mujeres que se encuentran al paso tengan los labios dulces (los hombres también, claro). Es algo que impide pensar con lógica.

Pero, ¡vaya cielo! Azul intenso, sin la menor sombra de nubes (¡qué salvaje gusto debieron de tener los antiguos, si aquellas deformes, burdas y estúpidamente imprecisas masas de vapor inspiraron a sus poetas!). Me gusta, estoy seguro; no me equivoco si digo que nos gusta así, tal cual: un cielo estéril e impecable. En tales días, el mundo entero está compuesto del mismo cristal eterno e inmutable, como el Muro Verde y todas nuestras construcciones. En tales días, se percibe la azulada profundidad de las cosas, sus maravillosas ecuaciones, algunas ocultas hasta entonces bajo el aspecto más cotidiano.

Bueno, que así sea. Por la mañana estaba en el hangar donde se construye la Integral, cuando, de pronto, me fijé en las máquinas: con los ojos cerrados, los rodamientos de los reguladores giraban abstraídos; las manivelas, relucientes, se doblaban a derecha e izquierda; el balancín funcionaba soberbio en los ejes; la tijera del torno taladraba al ritmo de una música imperceptible. Enton-

ces se me reveló la belleza de aquel grandioso *ballet* mecánico que anegaba un tenue sol azul.

Me pregunté enseguida: ¿Por qué es bello? ¿Por qué es bella esa danza? Respuesta: Porque es un movimiento no libre, porque el sentido de esa danza subyace en su absoluta subordinación estética al ideal de la no libertad. Si es verdad que nuestros antepasados, en los instantes de mayor entusiasmo (misterios religiosos, desfiles militares), se abandonaban a la danza, esto solo puede significar una cosa: el instinto de la no libertad es, desde tiempos inmemoriales, innato en el hombre. La única diferencia es que nosotros, en la vida actual, lo hacemos de manera consciente...

Tendré que terminar después: mi numerador ha sonado. Alzo la vista: O-90, claro. Dentro de medio minuto estará aquí para dar un paseo. ¡Mi querida O! Siempre he dicho que se parece a su nombre: es diez centímetros más baja de lo que marca la Norma Maternal, por ello tiene el cuerpo redondo, totalmente torneado. Su boca es una O sonrosada que se abre al encuentro de mis palabras. Para colmo, los pliegues de sus muñecas son rechonchos y rellenitos, como los de un niño.

Cuando entró, el volante de la lógica aún zumbaba en mi interior; por inercia, comencé a hablar sobre la fórmula que acababa de enunciar, la cual nos abarca a todos: a nosotros, a las máquinas, a la danza.

—Maravilloso, ¿no es cierto? —pregunté.

—Maravilloso. Es primavera —sonrió la rosada boca de O.

Primavera dice... ¡Habla de la primavera! Bah: mujeres, me dije.

Abajo, la bulliciosa avenida. Con un tiempo así, solemos invertir la hora de asueto en un paseo adicional. Como de costumbre, la marcha del Estado Único sonaba por todos los altavoces de la Fábrica Oficial. En filas de cuatro, marcando con solemnidad el ritmo, iban los nú-

meros, cientos, miles de números con uniformes azulados e insignias doradas, con el número estatal que todos y todas tenemos. Yo —nosotros cuatro— somos una de las innumerables olas de este poderoso flujo. A mi izquierda iba O-90 (si esto lo hubiera escrito uno de mis peludos antepasados, probablemente la habría llamado con la ridícula frase: «mi O-90»). A mi derecha marchaban dos números desconocidos, uno femenino y otro masculino.

Cielo azul beatífico, insignias que brillan como soles diminutos, ni un solo rostro sombrío. Rayos de sol. Todo es de una materia única, luminosa y radiante. Los metálicos compases: tra-ta-ta-tam, tra-ta-ta-tam, son escalones de cobre que resplandecen al sol y nos llevan cada vez más alto, hacia el vertiginoso azul.

Al igual que esta mañana en el hangar, volví a verlo todo con nuevos ojos: las inalterables calles rectas, el reflejo de los cristales sobre la calzada, los divinos paralelepípedos de las viviendas transparentes, la cuadrada armonía de las hileras gris-azuladas. Es como si yo, precisamente yo y no generaciones enteras, hubiera vencido al viejo Dios y la vieja vida. Como si yo lo hubiera creado todo. Me sentía una torre: no osaba mover los codos para que los muros, las cúpulas y las máquinas no se derrumbaran haciéndose añicos.

Luego, un salto a través de los siglos, desde el + al -. De súbito me vino a la memoria (una asociación por contraste, evidentemente) un viejo cuadro de museo: una avenida del siglo xx, una polícroma y ensordecedora confusión de gente, ruedas, animales, carteles, árboles, colores, pájaros... Se dice, incluso, que aquello realmente existió. Puede ser, pero me pareció tan inverosímil y absurdo que no me contuve y estallé en una sonora carcajada. Enseguida, el eco de mis risas sonó a mi derecha. Me giré. Tenía ante mis ojos los dientes blancos, excepcionalmente blancos y afilados, de un desconocido rostro femenino.

—Perdone —me dijo—, pero lo contempla todo tan embelesado como el dios mitológico en el séptimo día de la creación. Parece estar seguro de que ha sido usted, y no otro, quien me ha creado. Me halaga.

Dijo todo esto sin sonreír, creo que con cierta sumisión (tal vez sabía que soy el Constructor de la Integral). Sin embargo... en sus ojos, o en sus cejas, había una irritante y extraña X que no supe cómo interpretar ni expresar numéricamente.

Por alguna razón me desconcerté y, un poco turbado, intenté argumentar con lógica el motivo de mi risa: «Es evidente que ese contraste, ese infranqueable abismo entre el hoy y el ayer...».

—¿Por qué ha de ser infranqueable? —me interrumpió (¡Qué blancos eran sus dientes!)—. Se puede tender un puente sobre el abismo. Imagínese: tambores, batallones, hombres en fila..., todo eso existía antes, de modo que... ¡Está muy claro! —gritó.

Aquella fue una sorprendente intersección de nuestros pensamientos; decía, casi con las mismas palabras, lo que yo había anotado antes de mi paseo.

—Comprendan: tenemos las mismas ideas porque nadie es *uno* sino *uno de*. Somos iguales.

Ella dijo:

—¿Está seguro?

Vi sus cejas respingando en ángulo agudo hacia sus sienes, como los afilados cuernos de una X; por algún motivo, volví a turbarme. Miré a derecha e izquierda. A mi derecha estaba ella, I-330 (justo entonces vi su número), fina, perfectamente trazada, recta y flexible como un junco. A mi izquierda marchaba O, que era totalmente distinta: redonda y con pliegues rechonchos en las manos, como de niño. En el extremo de nuestra fila caminaba un número masculino que desconocía, alguien doblemente encorvado como una S. Todos éramos distintos.



Por lo visto, I-330 captó mi distraída mirada, pues exclamó suspirando:

—¡Ay, sí!

En esencia, el «¡Ay, sí!» era muy atinado. Pero había algo en su rostro o en su voz...

Con un tono excepcionalmente brusco en mí, respondí:

—Nada de «¡Ay, sí!». La ciencia progresa y está claro que, si no ahora, dentro de cincuenta o cien años...

—... incluso nuestras narices...

—¡Sí! Incluso nuestras narices serán iguales —dije casi gritando—, el hecho de tener apéndices nasales distintos es motivo de envidia. Tengo nariz de botón, mientras que otros...

—Tiene usted una buena nariz, puede que incluso «clásica», como decían los antiguos. Pero ¿las manos?... Venga, enséñeme las manos.

No soporto que me miren las manos. Son velludas, lo que es un ridículo atavismo. Le tendí mis manos y, en la medida de lo posible, respondí con un tono que quería aparentar indiferencia:

—Son de mono.

Miró mis manos, después la cara.

—¡Vaya un conjunto interesante! —dijo clavándome la mirada. Después enarcó nuevamente las cejas.

—Está registrado para mí —abrió la boca O-90 con alegría sonrosada.

Debió haberse callado, pues su observación estaba fuera de lugar. La querida O... ¿Cómo decirlo? No mide la velocidad de su lengua; esta siempre debe ser algo menor que la del pensamiento, pero de ningún modo al contrario.

Desde la torre de los acumuladores, al final de la avenida, la campana dio sonoramente las 17:00. La hora de asueto personal había terminado. I-330 se marchó con su número masculino semejante a una S, que inspira mucho respeto; ahora que lo pienso, me parece conocido.

Me he encontrado con él en alguna parte, pero no recuerdo dónde.

Al decir adiós, I, quien me seguía pareciendo una X, sonrió maliciosamente.

—Vaya pasado mañana al auditorio 112.

Me encogí de hombros:

—Si me dan la orden de ir al auditorio que menciona...

Con una incomprensible certeza, I-330 respondió:

—Se la darán.

Aquella mujer me causó el mismo efecto desagradable que un miembro irracional e indivisible introducido en una ecuación de manera fortuita. Sentí alivio de quedarme a solas, aunque fuera por un instante, con la querida O.

Con los brazos enlazados cruzamos cuatro manzanas. En la esquina, ella tenía que girar hacia la izquierda y yo a la derecha.

—Sería un placer ir a su casa para bajar los estores. Precisamente hoy, ahora... —dijo tímidamente O, alzando sobre mí sus redondos ojos azul-cristalinos.

Me hizo gracia. Pero ¿qué podía responderle? Ayer estuvo en casa, y sabe muy bien que nuestro próximo encuentro sexual es dentro de dos días. Es otra muestra de que su lengua se adelanta a sus pensamientos como ocurre (a veces causando tanto daño) cuando se acelera un motor a destiempo.

Al despedirnos besé dos veces..., no, seré exacto: tres veces, aquellos azules, maravillosos y límpidos ojos que ninguna nubecilla podía ensombrecer.

### ANOTACIÓN NÚMERO 3

#### *Sumario:*

LA CHAQUETA. EL MURO. LAS TABLAS DE LA LEY

He repasado lo que escribí ayer y veo que no me expresé con claridad. Quiero decir, es perfectamente comprensible para cualquiera de nosotros. Pero quizá ustedes, los desconocidos seres a quienes la Integral llevará mis anotaciones, hayan leído el gran libro de la civilización solo hasta la página en que se detuvieron nuestros antepasados, hace unos 900 años. Tal vez ni siquiera conozcan normas tan elementales como la Tabla Horaria, las Horas de Asueto Personal, la Norma Materna, el Muro Verde o el Benefactor. Hablar de esto me divierte y, al mismo tiempo, me resulta muy difícil. Es como si un escritor, digamos del siglo xx, tuviera que explicar en su novela qué es una «chaqueta», un «piso» y una «esposa». Por otra parte, si su novela fuera traducida para los salvajes, ¿acaso sería posible no incluir notas explicativas de la palabra «chaqueta»?

Estoy seguro de que el salvaje leería «chaqueta» y pensaría: «¿Para qué sirve eso? Solo es una carga». Me parece que pensarán lo mismo cuando diga que, desde la Guerra de los Doscientos Años, ninguno de nosotros ha estado más allá del Muro Verde.

Sin embargo, estimados lectores, hay que reflexionar sobre algo que será de gran ayuda. Es evidente que la historia de la humanidad, hasta donde sabemos, es la historia del paso de las formas de vida trashumantes al sedentarismo. ¿Acaso no se deduce de ello que la vida más

sedentaria (la nuestra) es, además, la más perfecta (la nuestra)? Si la gente vagaba por la Tierra de uno a otro confín era porque, sencillamente, corrían tiempos prehistóricos: existían las naciones, las guerras, el comercio y los descubrimientos de las Américas; pero ¿a quién le importa ahora todo esto?

Lo admito: la costumbre de este sedentarismo no se consiguió enseguida ni sin esfuerzo. Durante la Guerra de los Doscientos Años, todos los caminos quedaron destruidos y cubiertos de hierba. Es probable que, al principio, resultara muy incómodo vivir en ciudades incomunicadas entre sí por la espesura verde, pero ¿qué se deduce de ello? Tras perder su cola, es posible que el hombre no se acostumbrara de golpe a espantar las moscas sin ayuda de este apéndice. Sin duda, en un primer momento lo echó de menos. Pero ahora, ¿pueden imaginarse con rabo? ¿O ir por la calle desnudos, sin chaqueta? (Quizá aún lleven chaqueta). Pues aquí pasa lo mismo: no puedo imaginarme una ciudad sin el Muro Verde, y ninguna vida que no esté prescrita por las Tablas de la Ley.

Las Tablas de Ley... Ahora mismo, desde la pared de mi habitación, sus cifras de color púrpura sobre fondo dorado me contemplan severa y tiernamente. De manera involuntaria, viene a la memoria lo que los antiguos llamaron «icono», y quisiera escribir oraciones o versos (son lo mismo, a fin de cuentas). ¡Oh!, ¿por qué no seré poeta para dedicarles cánticos? ¡Oh, Tablas de la Ley! ¡Oh, corazón y pulso del Estado Único!

En la escuela, todos nosotros (quizá también ustedes) leímos el magnífico *Horario de las vías férreas*, una joya de la literatura antigua conservada hasta nuestros días. Pues bien, compárenla con las Tablas de la Ley y verán un grafito al lado de un diamante. Ambos están compuestos de carbono, pero qué cristalino es el diamante, ¡cómo brilla! ¿Quién no se queda sin aliento al leer de corrido y con fervor el *Horario*? Sin embargo, las Tablas

de la Ley hacen de cada uno de nosotros el héroe de acero de un gran Poema. Cada mañana, con matemática precisión, nosotros, una legión de millones, nos levantamos como un solo hombre, a una misma hora, a un mismo minuto. A un mismo tiempo comenzamos nuestro trabajo y en el mismo instante lo acabamos. Así, fusionados en un cuerpo con millones de brazos, nos llevamos la cuchara a la boca en el momento determinado por la Tabla, a un mismo tiempo salimos a pasear y vamos al auditorio y a la sala de ejercicios de Taylor<sup>1</sup>. A un mismo tiempo nos acostamos...

Seré sincero: aún no hemos encontrado una solución definitiva para el problema de la felicidad. Dos veces al día, de las 16 a las 17 y de las 21 a las 22 horas, el gigantesco organismo se divide en células individuales. Son las Horas de Asueto Personal que establecen las Tablas de la Ley. A esas horas, verán que los estores de algunas casas están castamente corridos, que unos marchan rítmicamente por la avenida al metálico son de la Marcha del Estado Único, otros (como yo ahora) están trabajando en su escritorio. Pero creo firmemente —llámenme idealista o soñador— que tarde o temprano encontremos sitio para estas horas en la fórmula general. Algún día las Tablas de la Ley abarcarán los 86.400 segundos del día.

He leído y escuchado cosas inverosímiles acerca de los tiempos en que la gente vivía libre, es decir, en estado de salvaje desorden. Pero siempre me pareció que lo incomprensible es justamente esto: ¿Por qué el poder estatal de entonces, por embrionario que fuese, les permitía vivir sin leyes comparables a las nuestras, sin paseos obligatorios, sin horarios fijos de comida, levantándose y acostándose cuando les venía en gana? Algunos historiadores cuentan, incluso, que las farolas permanecían toda la noche encendidas, y que toda la noche iba y venía gente por las calles.

Me resulta imposible concebirlo. Por muy limitada que fuese su inteligencia, debían entender que semejante vida era un verdadero suicidio. El Estado prohibía matar a una persona, pero permitía asesinar a millones de ellas. Matar a una significa reducir en 50 años la suma de todas las existencias humanas, y esto es un delito, pero reducir esta suma en 50 millones de años no lo era. ¿No resulta ridículo?

Cualquier vulgar número de nuestro Estado, aunque solo tenga diez años, es capaz de resolver este problema matemático-moral en medio minuto. Ellos, en cambio, no fueron capaces de resolverlo. Ni siquiera todos sus Kant, pues ninguno de ellos fue capaz de crear un sistema de ética científica, es decir, una ética basada en la sustracción, la adición, la división y la multiplicación.

¿No resulta absurdo que el Estado (¡y aquel conglomerado osaba llamarse Estado!) tolerara la vida sexual sin el menor control? Podían divertirse cuando se les antojara y engendraban hijos de la misma forma irracional que las fieras, con ciego placer, de modo absolutamente anticientífico. ¿No es ridículo? Conocían la horticultura, la avicultura y la piscicultura (disponemos de información precisa al respecto) y, sin embargo, no escalaron el último peldaño de esta escala lógica: la puericultura. ¡No fueron capaces de idear nuestras Normas Materna y Paterna!

Suena tan ridículo e inverosímil cuanto he escrito que tengo miedo de que usted, desconocido lector, me tome por un bromista de mal gusto. Quizá piense que me burlo y que, con gesto serio, estoy contando un total disparate.

Pero, en primer lugar, no soy capaz de hacer bromas, pues bromear implica mentir con una intención poco clara. En segundo lugar, la ciencia del Estado Único afirma que la vida de nuestros antepasados era justamente así, y la ciencia del Estado Único no puede equivocarse. Aunque, ¿cómo habrían podido adquirir la lógica estatal si vivían libres, como las fieras, los monos y los rebaños?

¿Qué se les podía exigir si, incluso en nuestros días, de cuando en cuando se percibe el salvaje eco de los monos desde los más profundo de nuestro interior?

Por fortuna, se escuchan rara vez. Por fortuna, son pequeños desperfectos irrelevantes, fáciles de reparar sin que se detenga el grandioso y eterno funcionamiento de la Maquinaria. Si hay que eliminar una barrera torcida, tenemos la hábil y firme mano del Benefactor, la experta mirada del Protector...<sup>2</sup>.

Por cierto, ahora recuerdo: al número de ayer —el doblemente curvado como una S— me parece haberle visto salir alguna vez del Departamento del Protector. Ahora comprendo por qué tuve esa instintiva sensación de respeto hacia él y me sentí un tanto cohibido cuando esa extraña I, en su presencia... Debo confesar que esta I...

22:30. Lllaman a dormir. Hasta mañana.

## ANOTACIÓN NÚMERO 4

### *Sumario:*

SALVAJE CON BARÓMETRO. EPILEPSIA. SI...

Hasta ahora lo he tenido todo claro en la vida (no es casual que tenga cierta preferencia por la palabra «claro»). Pero hoy... no lo comprendo.

En primer lugar, he recibido, en efecto, la orden de ir precisamente al auditorio 112, tal como ella dijo. A pesar de que la probabilidad era de  $1.500/10.000.000 = 3/20.000$  (1.500 es el número de auditorios, 10.000.000 es el de los números). En segundo... Aunque mejor sigamos un orden.

El auditorio, un enorme hemiciclo de vidrio macizo bañado por el sol. Filas circulares ocupadas por cabezas de generosa forma esférica, lisamente rasuradas. Con el corazón levemente en vilo, miré alrededor. Creo que buscaba el brillo de una medialuna sonrosada sobre las ondas azulinas de los uniformes: los queridos labios de O. Allí está, veo unos magníficos dientes blancos y afilados, parece que... No, no es ella. Hoy por la noche, a las 21 horas, vendrá a visitarme, así que el deseo de verla aquí es completamente natural.

Suena un timbre. Nos levantamos de los asientos y entonamos el Himno del Estado Único. Sobre el estrado, los altavoces dorados y relucientes del sabio fonolector:

¡Estimados números! Hace poco, los arqueólogos encontraron un libro del siglo xx. En este, el irónico autor narra la historia del salvaje y el barómetro. El salvaje había obser-



vado que cuando el barómetro señalaba «lluvia», en efecto llovía; como quería que lloviera, comenzó a extraer el mercurio necesario para que el nivel quedara marcado en «lluvia» (en la pantalla, apareció un salvaje con plumas extrayendo el mercurio; risas). Ustedes ríen, pero ¿no les parece que el europeo de aquella época era mucho más ridículo que este salvaje? El europeo también quería lluvia, lluvia en sentido alegórico, lluvia algebraica, pero frente al barómetro era como un conejo asustado. El salvaje era más audaz, enérgico y lógico: supo establecer una relación ente causa y efecto. Al sacar el mercurio, dio el primer paso por el gran camino en que...

Aquí (repito que escribo sin ocultar nada), me volví momentáneamente impermeable a los vivificantes fluidos de los altavoces. De pronto creí haber acudido allí en balde (¿por qué en balde? ¿Cómo podría desobedecer una orden?). Todo me pareció vacío como un cascarón hueco. A duras penas conseguí concentrarme cuando el fonolector ya había pasado al tema principal: nuestra música, la composición matemática (el matemático es la causa, la música su efecto) y la descripción del recientemente inventado musicómetro.

... basta con girar esta manecilla y cualquiera de ustedes producirá hasta tres sonatas. ¡Cuánto trabajo les costaba esto a nuestros antepasados! Solo podían crear mediante arranques de inspiración —una desconocida forma de epilepsia—. Ahí tienen ustedes el divertidísimo ejemplo ilustrado de lo que producían: la música de Skriabin, del siglo xx. Este cajón negro (descorrieron el telón y apareció un instrumento antiquísimo sobre el estrado), al que llamaban piano o piano de cola, demuestra por enésima vez hasta qué punto toda su música...

He olvidado lo que dijo después, posiblemente porque..., bueno, lo diré sin rodeos: porque ella, I-330, se

acercó al piano de cola. Quizá me turbó su inesperada aparición.

Llevaba un estrambótico conjunto de época: un vestido negro, muy ceñido, cuyo color acentuaba la blancura de sus hombros desnudos y del pecho; la sombra cálida y vacilante entre ambos. Sus dientes resplandecientes, casi perversos.

Sonrió mordaz, directamente. Tomó asiento. Tocó. Como todo cuanto procede de aquella época, la música era exaltada, salvaje y confusa, ajena a nuestro racional mecanicismo. Por supuesto, ellos, los que reían a mi alrededor, tenían razón. Tan sólo unos cuantos... Pero... ¿por qué también yo?... ¿Yo?

Sí, la epilepsia es una enfermedad espiritual, un dolor lento y dulce como un mordisco, cuanto más profundo, más doloroso. Y he aquí que lentamente aparece el sol. No es el nuestro, no es el sol azulado y límpido que penetra uniformemente a través de los ladrillos de cristal. Es un sol salvaje, flotante y abrasador que lo deja todo hecho pedacitos tras de sí.

El que estaba a mi lado miró de reojo a su izquierda (es decir, a mí) y soltó unas risitas. Por alguna razón, se me quedó grabado en la memoria que de sus labios brotó una microscópica pompa de saliva que luego estalló. Aquella pompa me desembriagó. Volví en mí. De nuevo era yo.

Al igual que todos, únicamente percibí el confuso y atronador estremecimiento de las cuerdas. Me reí. Todo volvió a ser simple y sencillo. El talentoso fonolector había representado para nosotros aquella bestial época de una forma demasiado vivaz. Era todo. Con qué placer escuché luego nuestra música (la tocaron al final para mostrar el contraste). Las cristalinas y cromáticas escalas que se fusionaban y desgranaban infinitamente, los acordes de las fórmulas de Taylor y McLaurin, las graves cadencias del cuadrado de las hipotenusas pitagóricas, las tristes melodías de un movimiento de oscilación decreciente, los ritmos vi-

vaces que las líneas de Fraunhofer: el análisis espectral del planeta... ¡Cuánta grandeza! ¡Qué inalterable regularidad! ¡Y qué horrible es la caprichosa música de los antiguos, parca en todo excepto en absurdas fantasías!

Como de costumbre, todos salieron de las amplias puertas del auditorio en filas de a cuatro. Una figura doblemente encorvada, que me resultaba familiar, pasó a mi lado rápidamente. Saludé respetuoso.

La querida O vendría en una hora. Me sentí útil y agradablemente agitado. Una vez en casa, me dirigí enseguida a la administración de la vivienda, mostré mi cupón rosa y recibí la cédula que da derecho a correr las cortinas. Es un derecho que solo nos dan para los días sexuales, pues vivimos entre paredes transparentes que parecen tejidas de aire centelleante. Siempre a la vista de todos, eternamente bañados por la luz. No tenemos nada que ocultarnos. Además, esto aligera la pesada y elevada tarea del Protector. De otro modo, quién sabe lo que podría pasar. Puede ser que precisamente las extrañas y opacas moradas de los antiguos engendraran esa lamentable psicología celular suya. «Mi (*sic*) casa es mi fortaleza». ¿Era necesario llegar a semejante conclusión?

A las 21 horas corrí la cortina. En ese instante entró O un poco sofocada. Me alargó su boquita y el billetito rosas. Arranqué el cupón y no pude desprenderme de aquella boca sonrosada hasta el último instante, a las 22:15. Después le enseñé mis anotaciones y le hablé (parece que muy bien) de la belleza del cuadrado, el cubo y la recta. Me escuchaba sonro-embelesada cuando, de repente, de sus azules ojos brotó una lágrima, luego otra, una tercera, y cayó directamente sobre la página 7. La tinta se corrió. Así pues, habrá que reescribirla.

—Querido D, si usted... Si...

¿Qué significa ese «si»? ¿Otra vez la misma cantinela del hijo? ¿O se trata de algo nuevo, relativo a aquella mujer? Entonces... Pero no puede ser; resultaría descabellado.

## ANOTACIÓN NÚMERO 5

### *Sumario:*

EL CUADRADO. LOS AMOS DEL MUNDO. UNA FUNCIÓN  
AGRADABLE Y ÚTIL

De nuevo me explico de modo poco claro, otra vez hablo con usted, desconocido lector, como si, digamos, fuera mi viejo compañero R-13, el conocido poeta de labios negroides. Usted, en cambio, vive en la Luna, Venus, Marte o Mercurio. A saber quién es y dónde se encuentra.

Pues bien, imagine que un hermoso cuadrado viviente ha de hablarle de sí mismo. Evidentemente, no se le ocurriría contar que tiene cuatro lados iguales, pues es algo tan cotidiano que ya no lo puede ver. Yo me encuentro en la misma situación. Los cupones rosas y todo cuanto les rodea son, para mí, como los cuatro lados de un cuadrado. Quizá para usted sea como hablar del binomio de Newton.

Un antiguo sabio formuló (por casualidad) una inteligente sentencia: «El hambre y el amor rigen el mundo»<sup>3</sup>. Ergo: para dominar el mundo, el hombre ha de someter a sus opresores. En la Guerra de los Doscientos Años entre el campo y la ciudad, nuestros antepasados pagaron un alto precio por acabar con el hambre. Debido a prejuicios religiosos, los salvajes se aferraron a su *pan*\*, pero en el año 35 antes de la fundación del Estado Único,

---

\* La palabra *pan* se ha conservado en nuestra sociedad solo como metáfora poética, pues desconocemos la composición química de esa sustancia.

se instauró nuestra actual alimentación derivada del petróleo. Solo sobrevivió el 0,2% de la población planetaria, es cierto, pero a cambio, limpia del polvo milenario, la faz de la Tierra se volvió resplandeciente y ese cero con dos décimas gozó de bienestar en los aposentos del Estado Único.

¿Acaso no está claro que el bienestar y la envidia son el numerador y denominador de la fracción llamada felicidad? ¿Qué sentido tendría el sacrificio de las incontables víctimas de la Guerra si en nuestra existencia quedaran motivos para la envidia? Pues quedan. Porque aún hay narices chatas, «de botón», y narices «clásicas» (esa fue la conversación que tuvimos durante el paseo), porque muchos se afanan por el amor de un número y por el de otros, nadie.

Como es natural, tras doblegar el hambre (algebraicamente = suma de los bienes externos) el Estado Único comenzó una nueva ofensiva contra el otro amo del mundo: el amor. Por fin quedó vencido también este enemigo, es decir, se le organizó y matematizó. Hace unos trescientos años entró en vigor nuestra histórica *Lex sexualis*: «Todo número tiene derecho, en tanto que producto sexual, a tener relaciones con cualquier otro número».

Lo restante es una cuestión meramente técnica. Lo examinan en el laboratorio del Departamento Sexual, determinan con exactitud la composición de hormonas en su sangre, y le diseñan la tabla de Días Sexuales que le corresponde. Luego, escribe una solicitud para utilizar sus días con tal o cual número y recibe su talonario de color rosa. Eso es todo.

Está claro: ya no existen motivos para la envidia. El denominador de la fracción de la felicidad ha sido reducido a cero, y la fracción se torna en un gran infinito. Lo que para los antiguos era fuente de innumerables tragedias de lo más estúpidas, se ha convertido en una agra-

dable y útil función del organismo, como el sueño, el trabajo físico, la ingesta de alimentos, la defecación, etcétera. De esto se infiere que la gran fuerza de la lógica lo purifica todo. ¡Ojalá usted, desconocido lector, conozca esta prodigiosa fuerza y pueda seguir sus pautas hasta el final!

Es raro, he escrito sobre los momentos cumbre de la historia de la humanidad; he respirado, durante todo el día, el purísimo aire de las cumbres del pensamiento, pero en mi interior todo parecía estar nublado y cubierto por una telaraña, una especie de X de cuatro patas. O bien son mis desgrednadas garras, y todo se debe a que llevo largo rato observándolas. No me gusta hablar de mis garras: son el vestigio de una época salvaje. ¿Es posible que, realmente, en mi interior...?

Me gustaría tachar lo que he escrito, puesto que nada tiene que ver con el sumario. No obstante, he decidido no hacerlo. A semejanza de un finísimo sismógrafo, mi escrito habrá de registrar hasta la más insignificante oscilación de mis ondas cerebrales, pues a veces sirven de pronóstico preventivo. Pero esto ya resulta absurdo; en efecto, tendría que haberlas tachado: ¿no hemos dominado y subyugado todos los elementos? Ya no puede ocurrir ninguna catástrofe.

Ahora lo entiendo: mi raro estremecimiento interno se debe a que estoy en la misma situación del cuadrado, que he comentado al principio. No hay en mí ninguna X (es imposible). Sencillamente, temo que quede una X en usted, mi desconocido lector. No obstante, tengo fe en que no me juzgarán con severidad. Comprendan que escribir me resulta difícilísimo, mucho más que a ningún otro escritor en la historia de la humanidad. Unos escribían para sus contemporáneos; otros, para sus descendientes, pero nadie lo había hecho para sus antepasados. O para seres semejantes a sus salvajes y remotos antepasados.